



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

CU Consejo
Universitario

CONSEJO UNIVERSITARIO

ACTA DE LA SESIÓN n.º 6829 SOLEMNE

Celebrada el lunes 26 de agosto de 2024

Aprobada en la sesión n.º 6869 del jueves 23 de enero de 2025

TABLA DE CONTENIDO

ARTÍCULO ÚNICO

PÁGINA

Commemoración del 84.º aniversario de la Universidad de Costa Rica y entrega del Premio <i>Rodrigo Facio Brenes</i> a la Dra. Emilia Macaya Trejos.....	2
---	---

Acta de la sesión n.º 6829, solemne, celebrada por el Consejo Universitario a las diez horas del día lunes veintiséis de agosto de dos mil veinticuatro, en el auditorio de la Ciudad de la Investigación.

Participan los siguientes miembros: Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera, director, Área de Salud; Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector; Dr. Germán Antonio Vidaurre Fallas, Área de Ciencias Básicas; Dr. Carlos Palma Rodríguez, Área de Ciencias Sociales; Dr. Eduardo Calderón Obaldía, Área de Ingeniería; Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas, Área de Artes y Letras; M. Sc. Ana Carmela Velázquez Carrillo, Área de Ciencias Agroalimentarias; MTE Stephanie Fallas Navarro, sector administrativo; Br. Noelia Solís Maroto y Sr. Samuel Víquez Rodríguez, sector estudiantil; y Lic. William Méndez Garita, representante de la Federación de Colegios Profesionales.

La sesión se inicia a las diez horas, con la participación de los siguientes miembros: Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, Dr. Carlos Palma Rodríguez, Dr. Eduardo Calderón Obaldía, Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas, Br. Noelia Solís Maroto, Sr. Samuel Víquez Rodríguez, Lic. William Méndez Garita, M. Sc. Ana Carmela Velázquez Carrillo, Dr. Germán Vidaurre Fallas y Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera.

Invitada: Dra. Emilia Macaya Trejos.

Ausente con excusa: Dr. Carlos Araya Leandro.

Punto único: *Acto oficial de conmemoración del 84.º aniversario de la Universidad de Costa Rica y entrega del Premio Rodrigo Facio Brenes a la Dra. Emilia Macaya Trejos, quien dictará una conferencia en torno a la magia del aula.*

Maestra de ceremonias: Licda. María del Mar Izaguirre Cedeño.

ARTÍCULO ÚNICO

Acto oficial de conmemoración del 84.º aniversario de la Universidad de Costa Rica y entrega del Premio Rodrigo Facio Brenes a la Dra. Emilia Macaya Trejos, quien dictará una conferencia en torno a la magia del aula.

MAESTRA DE CEREMONIAS: —La Universidad de Costa Rica les da la más cordial bienvenida y agradece su presencia en esta sesión solemne del Consejo Universitario, con motivo del 84.º aniversario de esta benemérita Institución de la educación y la cultura costarricense. Un saludo muy especial, también, para quienes nos siguen en directo por la señal de Canal Quince UCR, de Radio Universidad 96.7 FM y por las diferentes redes sociales de nuestra Institución.

Nos acompañan en la mesa principal: el señor director del Consejo Universitario (CU), Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera; el señor rector de la Universidad de Costa Rica (UCR), Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta; la presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Costa Rica (FEUCR), Srta. Valentina Palacio Mora; la invitada de honor, Dra. Emilia Macaya Trejos, distinguida filóloga, escritora y profesora emérita de esta Universidad, quien hoy recibirá el Premio Rodrigo Facio Brenes 2024.

Saludamos a las señoras y señores miembros del CU quienes se encuentran ubicados en las butacas de este auditorio. Nos acompañan: la Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas, el Dr. Germán Vidaurre Fallas, la M. Sc. Ana Carmela Velázquez Carrillo, el Dr. Carlos Palma Rodríguez, el Dr. Eduardo Calderón Obaldía, el Sr. Samuel Víquez Rodríguez, la Br. Noelia Solís Maroto y el Lic. William Méndez Garita

A continuación, el señor director del CU, Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera, hará la apertura de esta sesión.

- **Apertura de la sesión**

DR. JAIME ALONSO CARAVACA MORERA: —Al ser las diez horas y dos minutos del 26 de agosto de 2024 inicio la sesión solemne n.º 6829 del Consejo Universitario en el Auditorio de la Ciudad de la Investigación.

*****A las diez horas y doce minutos se incorpora la MTE Stephanie Fallas Navarro.*****

MAESTRA DE CEREMONIAS: —A continuación, les solicito ponerse de pie para entonar nuestro Himno Nacional.

- **Himno Nacional de Costa Rica**

*****Se entona el Himno Nacional de Costa Rica.*****

Seguidamente, escucharemos las palabras de la presidenta de la FEUCR, Srta. Valentina Palacio Mora.

- **Palabras de la presidenta de la FEUCR, Valentina Palacio Mora**

SRTA. VALENTINA PALACIO MORA: —Muy buenos días. Hoy estamos aquí reunidas y reunidos no solamente para conmemorar un aniversario más de nuestra *alma mater*, la benemérita Universidad de Costa Rica, sino también para reflexionar sobre su papel fundamental en la construcción de una sociedad más justa, equitativa y solidaria.

La Universidad de Costa Rica no es solo una institución educativa, es un faro de esperanza, una fuerza motriz que impulsa el desarrollo social, cultural y económico de nuestro país. Nuestra Universidad es la columna vertebral de Costa Rica que se construyó a través de luchas históricas, sacrificios compartidos y la indiscutible valentía de un pueblo que entiende el conocimiento como la herramienta más poderosa para construir un futuro digno y justo. Sin embargo, hoy más que celebrar debemos recordar, debemos mantener encendida la memoria histórica de cada batalla librada para que esta Universidad sea lo que es hoy, la mejor de Centroamérica y el Caribe.

Cada conquista, cada avance médico, cada investigación lingüística, social o científica, cada expresión artística, ha sido ganada con sudor, con esfuerzo y con la sangre de quienes no aceptaron las cadenas de la ignorancia, quienes nunca dudaron de que la educación pública es un derecho y no un privilegio.

Esta Universidad no se fundó sobre un terreno vacío, se construyó sobre los hombros de gigantes que enfrentaron la adversidad y la indiferencia, el silencio y la represión, gigantes que comprendieron que sin la educación no hay república, que sin Universidad no hay libertad y es esa la viva razón por la cual hoy más que nunca debemos alzar nuestras voces, nuestros puños y nuestras conciencias para proteger lo que es nuestro.

Las distintas administraciones de la última década, en especial la del señor Rodrigo Chaves Robles, han intentado boicotear sistemáticamente a las universidades públicas y con ello consolidar un golpe mortal al estado social democrático de derecho. Esta lucha no es nueva, pero hoy se vuelve más urgente que nunca.

Hoy este discurso es un llamado a defender el 8 % constitucional para la educación pública y el 1,5 % del Fondo Especial para la Educación Superior, porque ya no podemos permitir que nos arrebatan lo que generaciones enteras han defendido con sudor y lágrimas.

No podemos, no debemos y no lo haremos. No permitiremos que desmantelen a pedazos nuestro futuro, que pisoteen nuestro derecho a una educación pública de calidad y que destruyan la esperanza de miles de jóvenes que ven en la Universidad de Costa Rica no solo una institución sino una luz en medio de la oscuridad para tener un futuro mejor.

Hoy, al recordar el pasado y mirar hacia el futuro, les digo con la más profunda convicción de mi alma: la Universidad de Costa Rica no caerá, porque somos la memoria viva de las luchas sociales, porque somos los hijos y las hijas por cuyas venas corre la justicia social, dispuestos a defender la institucionalidad pública, porque somos la resistencia ante el empate de quienes nos quieren de rodillas y frente a quienes nunca nos arrodillaremos.

Defendamos a la Universidad de Costa Rica con la fuerza de la justicia porque si cae caen los sueños y el futuro de un pueblo entero. Nuestra lucha es por la educación pública, por la dignidad, y hoy les juro con la mano en el corazón que no daremos ni un paso atrás en el reclamo de lo que por derecho nos pertenece. ¡Muchísimas gracias!

******Los presentes aplauden.******

MAESTRA DE CEREMONIAS: —A continuación, escucharemos el mensaje del señor director del CU, Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera.

• Palabras del señor director del Consejo Universitario, Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera

DR. JAIME ALONSO CARAVACA MORERA: —Muy buenos días compañeras, compañeros, miembros del CU; Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector de la Universidad de Costa Rica; Srta. Valentina Palacio Mora, presidenta de la FEUCR; Dra. Emilia Macaya Trejos, distinguida filóloga, escritora y profesora emérita, quien hoy recibirá el Premio Rodrigo Facio Brenes; personas vicerrectoras; personas decanas; personas directoras tanto de sedes regionales que nos acompañan el día de hoy como de escuelas, centros, institutos de investigación y programas de posgrado; direcciones de oficinas administrativas; representaciones estudiantiles; docentes; estudiantes; personas funcionarias administrativas.

Un saludo muy especial al Dr. Gabriel Macaya Trejos, exrector de la Universidad de Costa Rica; a la señora y a los señores que han obtenido el Premio Rodrigo Facio Brenes anteriormente, la Dra. Elizabeth Odio Benito, el Dr. Daniel Camacho Monge y el Dr. José María Gutiérrez Gutiérrez; a las estudiantes que ganaron el Certamen Estudiantil de Artes 2024, quienes hoy recibirán su reconocimiento; les damos la más cordial bienvenida, y también a la diputada Lic. Kattia Cambronero Aguiluz; a las personas representantes del cuerpo diplomático; amigos y amigas quienes nos acompañan aquí en el Auditorio de la Ciudad de la Investigación; y a quienes siguen la transmisión por los diferentes medios de comunicación y plataformas virtuales de nuestra Institución.

Hoy es un gran día para nuestra Universidad, no solo porque representa una efeméride institucional, sino porque somos dirigidos a la reflexión sobre el rol social de esta casa de estudios en el presente y en el futuro.

Coincidiremos en que la actual coyuntura se caracteriza por la diversidad de contextos físicos y temporales, pero además está marcada por las desigualdades de los espacios, donde se configura una nueva morfología de lo social. Los espacios han transformado los procesos económicos, las relaciones de sociabilidad y los dilemas políticos. Se alteran los modos de pensamiento en una historicidad forjada por los procesos contradictorios y conflictivos también. Estamos, indudablemente, frente a un infinito horizonte donde se configuran nuevas y complejas cuestiones sociales.

Es un momento de “agotamiento de la modernidad” y también de “transición paradigmática”, por esta razón debemos preguntarnos ¿cuál es la función política, social, ética y científica de la Universidad de Costa Rica?

Precisamente, esa respuesta conllevaría pensar en la Universidad del presente y reafirmar las funciones de las universidades en el mundo, pero, principalmente, la función de la Universidad de Costa Rica en torno a los valores que, estatutariamente, nos han sido designados. En este sentido, con el objetivo de repensar la noción de la Universidad de hoy y de mañana, necesariamente, debemos incluir algunas premisas orientadoras.

La primera, la Universidad debe ser un espacio y un lugar de formación de alta calidad que capacite a las personas estudiantes para entenderse primero como seres humanos y segundo que actúen en una amplia gama de funciones y actividades cívicas y profesionales. La segunda, la Universidad debe verse como una comunidad dedicada plenamente a la docencia, a la investigación, a la creación y a la difusión del conocimiento, pero también al vínculo con la sociedad a través de la acción social y del progreso de la ciencia, y que participe en el desarrollo de investigaciones tecnológicas y sociales.

Finalmente, la Universidad debe entenderse como un lugar saludable en el cual se discutan, con espíritu crítico, pero no mezquino ni calumnioso, problemas y soluciones locales, regionales, nacionales e internacionales, esto es, un lugar en el cual se fomente la participación de sus miembros en los debates sobre el progreso y la construcción social, artística, cultural e intelectual.

Es decir, la Universidad de Costa Rica del hoy y del mañana debe ser una comunidad cuyos miembros, integralmente, estén dedicados a los principios de libertad académica y que estén comprometidos en la búsqueda única de la verdad, de la defensa y del fomento de los derechos humanos, de la democracia, de la justicia social, del respeto, de la equidad y que participen de forma activa de la instrucción destinada a la ética y, con ello, a la verdadera ciudadanía participativa, así como a la edificación de una cultura de paz.

Hoy, la lucha por la construcción de una Universidad pública democratizada y comprometida con un proyecto de nación territorial y global se traduce por los diferentes mecanismos lingüísticos, pero guarda su inspiración básica en la construcción de un espacio que busca realizar de forma perenne el equilibrio dinámico entre la calidad y excelencia académica con la relevancia social y la equidad societal.

Sin la combinación virtuosa de esos objetivos institucionales, la Universidad perdería su identidad originaria.

Con certeza, la Universidad de Costa Rica necesita —en el marco de estos 84 años y de cara a un centenario— combinar audacia administrativa, innovación, excelencia, con eficiencia participativa; con el objetivo de aumentar el foco interdisciplinar y promover el pensamiento crítico y la ciudadanía activa. Precisa además, desarrollar una cultura institucional cuyos valores centrales vengán a ser la solidaridad, la participación, la transparencia, el respeto a la diferencia; con el reconocimiento de que tenemos que honrar el trabajo de aquellas personas que nos antecedieron; debe ser repensada en conexión con los grandes impases y dilemas que tiene que superar la Costa Rica de hoy y de las próximas décadas; debe contribuir para la construcción de un modelo de desarrollo sostenible, capaz de conciliar el crecimiento económico con la justicia social y el equilibrio ambiental.

Hoy, más que nunca, la Universidad de Costa Rica necesita preservar el ejercicio de la libertad académica y de la creatividad intelectual. Apuesto, en esta intervención, por una amplitud de visión y de audacia, de orientar la Institución para el futuro, a fin de producir nuevas formas de pensar y de imaginar, utópicamente, una nueva sociedad y una nueva Universidad.

Repito, el futuro es la construcción de una Universidad de Costa Rica dinámica, adaptable, visionaria, transformadora y pluralista que acompañe a la sociedad de las próximas décadas en la búsqueda de otras utopías. Por lo tanto, tenemos la obligación de actuar, pero actuar con rectitud. El mayor riesgo que tenemos

en frente es la incapacidad de no asumir riesgos. Sigo en esta línea de pensamiento, la propuesta de que, en una sociedad desencantada, el “reencantamiento” de la Universidad puede ser una de las vías de simbolizar el futuro. Ese es el papel de una “microutopía”, sin la cual, en el corto plazo, la Universidad solamente asumiría cortos plazos.

A pesar de todas las dudas y paradojas que he señalado, tenemos la certeza de que la Universidad de Costa Rica va a transformarse y profundamente, no es de aquí a 10, 15 o 20 años, es hoy. Esa transformación exige osadía y ambición, así como la búsqueda de nuevas posibilidades, nuevos caminos y de construir una institución diferente, pero mejor. Fue esto lo que la Universidad de Costa Rica de hace 84 años supo desarrollar y ha venido erigiendo a lo largo de la historia, es esto lo que debe procurar ahora.

Si no supiéramos arriesgar, estaríamos colocando a la Universidad en riesgo. La Universidad debe asumir roles y roles protagónicos, debe asumir el rol del compromiso, la lucidez, la valentía y la responsabilidad. El compromiso de actuar y construir. La lucidez frente a un mundo desgobernado, desorientado, de cara al desorden, a la desinformación, a las noticias falsas, a la calumnia, a la tergiversación de la información y a la violencia política.

De la Universidad se espera la lucidez del conocimiento y de la razón, del pensamiento crítico; además, la capacidad de dar sentido a lo que hoy parece que no tiene y de la valentía de tomar decisiones sin temores, pero con reflexiones. Somos convocados, necesariamente, a actuar con contemplación y tiempo para pensar, pero con rapidez y pertinencia. No podemos ceder ni a la inercia ni a la simple reacción ni a los miedos. De la Universidad se espera una acción reflexionada, pensada, pero tempestiva y consecuente.

La responsabilidad de frente a las generaciones del hoy y a las que están por venir es grande. Hoy, mucho más que en el pasado, la Universidad de Costa Rica es central en la discusión de los grandes temas del siglo, porque de la Universidad de Costa Rica se espera la capacidad de inscribirse en la ciudad, de asumir una responsabilidad cívica —so pena de tornarse irrelevante—. Estos gestos son necesarios para afrontar los cambios o las transformaciones profundas que están teniendo lugar en el espacio universitario y fuera de él. Nada será igual y esa será otras de nuestras pocas certezas.

Necesitamos reequilibrar nuestras prioridades y, encima de todo, levantar las banderas esenciales de la Universidad, que son el diálogo franco, horizontal, pero honesto y también participativo; el trabajo conjunto, la autonomía, la libertad y el pensamiento del futuro. Con base en estos principios es que debemos promover la metamorfosis de la Universidad y buscar que no reaccione apenas a lo que viene de afuera, sino que sea capaz de anticiparse y trascender, de ver estratégicamente, de ir más allá, de influenciar las realidades externas, la Universidad de Costa Rica tiene que adaptarse —y mucho— si no quiere tornarse insignificante o irrelevante y, para esto, es necesaria la osadía.

Necesitamos de la osadía para nuevos comienzos, de la valentía que nos otorga nuevas posibilidades. La transformación puede, sin duda, comenzar de muchas maneras, por la nueva gestión de las instituciones, por ejemplo. Por mi parte, creo que debemos encontrar y concentrar en la creación de un nuevo ambiente universitario la prioridad número uno, pues de aquí surgen tres importantes desarrollos. En primer lugar, una relación diferente con el tiempo y con el espacio, que contribuya para una mejor capacidad de respuesta de la Universidad. Sin cuestionar el tiempo necesario para dedicarlo a la educación humana y a la producción del conocimiento.

En segundo lugar, nuevos modelos de organización sin la rigidez del pasado, a fin de preservar siempre la independencia y la libertad, tanto en el plano institucional como en la vida diaria de personas estudiantes, docentes, científicos y personas administrativas. En tercer lugar, un fortísimo compromiso con la sociedad; ciertamente, en el plano social, económico y en las diversas dimensiones políticas, culturales, científicas y tecnológicas de forma perenne sin olvidar un pensamiento futuro.

Es claro que el futuro de la Universidad de Costa Rica pasa por su metamorfosis. Lo que está en juego es la transformación de su forma —dentro y fuera—, la creación de un nuevo ambiente universitario y de una nueva relación con la sociedad. En el futuro de la Universidad de Costa Rica también se define el futuro de las sociedades tanto costarricenses como globales del siglo XXI.

En tiempos complejos de insensatez e intolerancia, de negación de la ciencia y de la posverdad, necesitamos de la razón, del conocimiento, pero también de la ética. Necesitamos de una Universidad de Costa Rica fuerte y sólida, presente y actuante.

De frente a estos desafíos, la Universidad de Costa Rica necesita, urgentemente, ampliar y diversificar sus relaciones con la sociedad, en cuanto institución abierta y sin fronteras en sus dimensiones regionales, nacionales e internacionales. La calidad académica con relevancia social rompe los muros de la torre de marfil de una Universidad prisionera de sí misma por medio de un atributo esencial que es el compromiso social, o sea, la capacidad de transferir, efectivamente, a los sectores más amplios de la sociedad, los resultados de nuestra actividad académica.

La Universidad del hoy, antes de existir como un hecho en el mundo material, debe existir como un proyecto, como una utopía en el mundo de las ideas; debe ser suficientemente clara y atrayente para poder actuar como una fuerza movilizadora en la lucha por la reforma de la estructura educativa, científica y política vigente. Deberá tener —además de esto— la objetividad necesaria para trazar un plan orientador de los pasos concretos por los cuales transitaremos de la Universidad actual a la Universidad necesaria.

Así, mediante este amplio panorama multifacetado de los procesos de transformación de la institución universitaria en el tiempo y en el espacio, la construcción de una utopía universitaria no será un modelo reductible a una receta tradicional. Esta intervención, en el marco de este grandioso día conmemorativo, no es más que un recordatorio que nos conduce a pensar que la Universidad de Costa Rica precisa inventarse con osadía, valentía y con imaginación creativa.

En este contexto, la nueva utopía universitaria posible o la refundación de varias microutopías supone, definitivamente, la participación de ustedes y nosotros como comunidad universitaria para tornarla material. ¡Muchas gracias!

*******Los presentes aplauden.*******

MAESTRA DE CEREMONIAS: —A continuación, escucharemos el mensaje del señor rector de la Universidad de Costa Rica, el Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta.

• **Palabras del rector de la Universidad de Costa Rica, Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta**

DR. GUSTAVO GUTIÉRREZ ESPELETA: —Muy buenos días tengan todas y todos. Para las personas que no tienen vínculo con nuestra Institución sean muy bienvenidas a esta casa de estudios. Saludo cordialmente al Dr. Jaime Caravaca Morera, director del CU; así como a los miembros de dicho Órgano Colegiado que nos acompañan; a la Dra. Emilia Macaya Trejos, académica, Premio Rodrigo Facio Brenes, y familiares que la acompañan; a las personas ganadoras del Certamen Estudiantil de Artes Visuales Bidimensionales, gracias por acompañarnos; a la Srta. Valentina Palacio Mora, presidenta de la FEUCR; a la comunidad estudiantil; a la Dra. Elizabeth Odio Benito, exvicepresidenta de la República; al Dr. Gabriel Macaya Trejos, exrector; a las autoridades universitarias; a las señoras vicerrectoras; al señor vicerrector; a las directoras, directores, decanos, decanas, jefaturas; al personal docente y administrativo, en especial al del Consejo Universitario y de la Rectoría; al Premio Rodrigo Facio Brenes; a las profesoras y profesores eméritos(as); a los representantes del Poder Legislativo; a las personas representantes del Cuerpo Diplomático; a las personas invitadas especiales, señoras y señores.

Es un verdadero placer compartir con ustedes esta celebración, el 84.º aniversario de la Universidad de Costa Rica, nuestra casa, nuestra *alma mater*. En medio de días complicados para la educación pública esta celebración es una alegría, nos recuerda que la historia habla, el arte, los saberes que se cultivan en nuestras aulas y pasillos viven en la memoria de muchos y muchas costarricenses que hoy laboran en la empresa privada, escuelas, colegios, hospitales, en la revisión y construcción de infraestructura, en instituciones públicas y privadas, en nuestro país y en el exterior, en un sinfín de sitios; ahí estamos presentes.

Cada persona graduada de la Universidad de Costa Rica en estas ocho décadas da cuenta de la huella que este lugar ha dejado en el país; no solo por el profesionalismo y la mejora continua en los procesos educativos, sino por los valores que fomentamos y sembramos para entregar al país graduados y graduadas con formación integral de primera línea. Cada persona que ha tenido vinculación con la Universidad por medio de programas de servicio, de acción social o de cualquier otro modo, ha experimentado un trato afable, respetuoso, una actitud profesional y de servicio que nos caracteriza. Eso es lo que somos, eso es la UCR.

Hablar de universidad implica hablar de visión, de proyección, de talento, de esfuerzo, de valores. El Lic. Rodrigo Facio Brenes dijo alguna vez una frase que nos ha acompañado durante décadas, porque no tiene fecha de caducidad: *Libre es, pues, la Universidad de Costa Rica; abierta a todas las tendencias; receptiva de todas las inquietudes filosóficas, científicas o sociales; respetuosa de todas las ideas. Y no aceptará nunca más calificativo que ese: el de libre.*

La libertad, hermana de la autonomía que nos respalda constitucionalmente, no se negocia; nos permite escuchar, dialogar, analizar los cambios que tengamos que hacer, porque cada época presenta nuevos retos, pero nunca, nunca, apresar los pensamientos sometiéndolos a intereses políticos, a conveniencias personales, a ansias de poder que solapadamente se cuelan.

La Universidad de Costa Rica es una institución benemérita de la patria. Nunca me cansaré de repetirlo: servimos a este país, y las personas que trabajamos aquí debemos tenerlo claro. Desde las tres áreas sustantivas que sostienen esta casa de estudios se trabaja para sembrar en las personas valores, humanismo y criticidad.

Quienes nos han antecedido hicieron lo mejor posible por entregarnos la universidad que hoy tenemos y disfrutamos, y las generaciones del presente seguimos trabajando por cuidar lo que nos entregaron, cada vez en mejora de cara al futuro y a los desafíos que vendrán. Sería muy fácil servirse por unos cuantos años y después desentenderse de lo que pase en la UCR, pero ese nunca ha sido el sentido del servicio, ni del trabajo, y confío en que nunca lo será mientras haya democracia en nuestro país.

La política a nivel institucional no es un juego de poderes, es un ejercicio responsable que procura mantener el equilibrio de una de las instituciones más importantes del país. Debe brindar seguridad a la comunidad universitaria, no desconfianza, ni sospechas de que quienes quieren llegar a ejercer un poder desean hacerlo a cambio de un beneficio propio, para poner una estrella más en su carrera personal en la política universitaria. Ya hemos sufrido decepciones de la política nacional, y resguardar el proceder en la política institucional nos blinda de la decadencia, le da respaldo a la ciudadanía, un camino, una luz que les dice que aquí pueden poner su confianza, porque estamos trabajando para ustedes, para el país.

Como lo dije anteriormente, atravesamos una coyuntura sumamente compleja, las aspiraciones que surgieron tras la segunda guerra mundial se han debilitado cada vez más y han dado paso a gobernantes totalitarios, que se ubican a sí mismos en diversos lugares del espectro ideológico. Pero a todas luces, en este siglo XXI, son una versión de los antivalores que encuentran un referente directo en los fascismos surgidos tras la gran depresión de 1929.

No debemos olvidar que ese pensamiento tan denigrante para la sociedad humana surgió en un momento donde los parlamentos no asumieron su responsabilidad de resolver de forma directa las necesidades apremiantes de las sociedades europeas de aquella época.

La desigualdad y las crisis no resueltas son excelentes caldos de cultivo para que los liderazgos autoritarios, que irrespetan la democracia y la división de poderes, emerjan en nuestras sociedades.

En ese sentido mal haríamos en tener una UCR como una torre de marfil desconectada de nuestra sociedad. La Universidad debe tender todos los puentes posibles con la sociedad costarricense, no podemos confundir la autonomía universitaria con un aislamiento de nuestra sociedad.

La siguiente administración, tal como lo hemos hecho, tendrá la tarea de que la sociedad que nos financia sepa que la Universidad le pertenece a todo el pueblo de Costa Rica, que no es un feudo de los integrantes de la comunidad universitaria, sino que es patrimonio de todos y motor indispensable del desarrollo nacional y, por tanto, de las transformaciones que el país requiere.

Si cada persona que ha sido impactada y favorecida directa o indirectamente por una acción de la Universidad de Costa Rica alza la voz al unísono, tendríamos un grito de celebración en los 51 100 kilómetros cuadrados de territorio terrestre, se escucharía en Paso Canoas, en los “teñideros” de río Celeste, en algún sendero de la Isla del Coco, en las llanuras guanacastecas y en las playas de Limón. Ese eco retumbaría en las cavernas de Venado y en las paredes de algún mural de un jardín de niños que lleva la misma firma UCR.

Si cada persona agricultora, sobreviviente de cáncer y de mordeduras de serpiente se uniera a ese grito de celebración, ahogaríamos las amenazas contra una institución que nunca le ha dado pérdidas al país; las palabras agresoras contra nuestra UCR serían imperceptibles.

Ahora más que nunca, debemos seguir contándole a la gente el bien que la UCR le hace a Costa Rica, cómo una familia logra salir de la pobreza gracias a la educación universitaria de sus hijos e hijas. Esa es la voz que debemos hacer correr a lo largo y ancho del país; esa debe ser nuestra propaganda.

Esta es una buena ocasión para destacar lo que la Universidad de Costa Rica aporta en los ámbitos de ciencia, tecnología, educación, investigación y acción social. No es una mera casualidad que seamos la mejor universidad del país y de la región Centroamericana y del Caribe. Eso es gracias a la excelencia, esa virtud que cultivamos quienes formamos parte de la comunidad universitaria, pero también al trabajo riguroso, científico y amoroso de cada una de las personas que la integran.

También es una buena ocasión para agradecer a todas las personas que han aportado con su tiempo, su dedicación, su entrega, su vida misma, a que sigamos creciendo, trabajando con excelencia y proyectando el gran potencial del estudiantado, del personal administrativo y docente para Costa Rica.

En el marco de este aniversario, tengo el honor de referirme a una persona que se ha entregado por esta Universidad, quien ha sido merecedora del Premio Rodrigo Facio Brenes: la Dra. Emilia Macaya Trejos. Filóloga, escritora, docente e investigadora, a lo largo de su vida ha evidenciado lo que significa ser UCR, dejar una huella gracias a la transmisión de su conocimiento, del trabajo juicioso, de la enseñanza y de la continua búsqueda del aprendizaje.

Amante de la literatura clásica griega y del estudio de la literatura escrita por mujeres, la Dra. Emilia Macaya Trejos compartió con muchos y muchas estudiantes en las aulas. Para ella la docencia es *aprender enseñanza, es la manera de mirarnos a los ojos y de cambiar el mundo*. Yo estoy seguro de que su aporte cambió el mundo de muchas personas e impactó en la realidad de vida de muchas otras.

Me atrevo a asegurar que usted, Dra. Emilia Macaya Trejos, inspiró a muchas estudiantes también, que vieron en usted un modelo, un ejemplo de mujer académica, profesional, empática y accesible. Siempre con una sonrisa amable y con un tesón para llegar hasta donde ha llegado.

Presta siempre para el diálogo, voz y eco de múltiples mujeres, protagonista de su propia historia en la academia, y, sin dudarle, dueña de una mirada femenina que ha estudiado y cuestionado el papel

que se les ha atribuido a las mujeres en la sociedad en las distintas épocas. Ha contribuido a los grandes cambios a favor de las mujeres tanto a nivel institucional como nacional, con acciones que irradian desde la Universidad hacia afuera.

Usted, Dra. Emilia Macaya Trejos, es la quinta mujer en recibir este premio, lo cual nos invita a cuestionar y a reflexionar sobre la visibilidad de las mujeres en la academia y el reconocimiento que se les ha hecho en relación con los muchos premios que se les entregan a los hombres. Estamos trabajando fuerte a favor de la equidad de género.

Dra. Emilia Macaya Trejos, gracias por tanto. Reciba de parte de toda la comunidad universitaria un agradecimiento que evidenciamos con este premio; nuestra admiración por su carrera profesional que decidió desarrollar aquí en esta casa, en este país. Gracias por todo el bien que usted le ha regresado a la UCR y a Costa Rica. Permítame decirle que lo ha hecho de forma notoria. En breve escucharemos su conferencia y es un verdadero gusto prestar oídos a lo que tiene para decirnos.

Aunado al Premio Rodrigo Facio Brenes, hoy conoceremos a las personas ganadoras del Certamen Estudiantil de Artes Visuales Bidimensionales, que este año tuvo como enfoque los paisajes interuniversitarios, espacios en los que se desenvuelven los y las estudiantes. Este certamen abre la oportunidad para que la comunidad estudiantil exprese, por medio de diversas técnicas, las vivencias en los campus, en todas las sedes y recintos. Es evidencia de que esta Universidad le da un lugar fundamental a la participación de los y las estudiantes, al arte, a las humanidades. El arte es algo mucho más complejo que una forma de expresión, también permite cuestionar, representar desde diversas perspectivas y proponer.

Felicito no solo a quienes obtuvieron los primeros lugares, sino a cada persona que concursó, por el valor que tiene su trabajo, su propuesta; por el valor que tiene el proceso de creación y por el aporte que con sus obras hacen a esta Universidad.

Como vemos, este es un día de celebración, de reconocimientos, de honrar no solo a las personas destacadas hoy, sino a toda la comunidad universitaria, porque somos nosotros y nosotras los que hacemos y somos esta Universidad. Considero que todas las personas aquí presentes, y todas las que están viendo la transmisión desde alguna sede o estación experimental, hoy, más que nunca, debemos unirnos ante el peligro que nos acecha, debemos tomar aliento con la celebración de hoy para seguir con más impulso y defender nuestra querida Universidad.

Un aplauso de reconocimiento para la académica Dra. Emilia Macaya Trejos, para los estudiantes galardonados y para todos nosotros, y que este sirva de ánimo y fuerza para continuar defendiendo la autonomía universitaria y la pertinencia de la Universidad de Costa Rica en la sociedad costarricense.

Que viva la Universidad de Costa Rica, que por muchos años más sigamos caminando en su defensa y en búsqueda de la luz. Feliz día. ¡Muchas gracias!

*****Los presentes aplauden.*****

• **Premiación Certamen Estudiantil de Artes Visuales Bidimensionales 2024**

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Con el propósito de estimular y promover la actividad artística de la población estudiantil, desde el año 1984 el Consejo Universitario organiza un certamen de artes en el marco de la conmemoración del aniversario de nuestra Institución.

Este año, el jurado calificador estuvo conformado por la Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas y el estudiante Samuel Víquez Rodríguez, miembros del CU; la Mag. Xiomara Zúñiga Salas, docente de la Escuela de Artes Plásticas; el Mag. Rodolfo Rojas Rocha, investigador del Instituto de Investigaciones en Arte; y la Mag. Carolina Guillermet Dejuk, docente de la Sede Regional del Atlántico.

Vamos a proceder ahora con la premiación, para lo cual invitamos a la Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas en representación del jurado, y a los miembros de la mesa principal, el Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta y el Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera, para que nos acompañen por favor, a fin de proceder con la entrega.

El primer lugar del Certamen Estudiantil de Artes Visuales Bidimensionales fue para la estudiante Mariana Solano Villalta, por la obra *Permanencia y transformación*. El segundo lugar fue para la estudiante Katherine Esther Valerio Domínguez, por la obra *Lucem Aspicio*, y el tercer lugar lo obtuvo Miranda Beesley Barboza, por la obra *¿Cuál escuela era esa?*

Un fuerte aplauso para estas tres jóvenes artistas.

*****Los presentes aplauden.*****

Les recuerdo que las obras de estas jóvenes artistas van a ser exhibidas en el vestíbulo de este auditorio donde pueden ser apreciadas, justamente, al terminar esta actividad. Le agradecemos a la Ph. D. Ana Patricia Fumero Vargas su participación en este reconocimiento.

- **Presentación cultural a cargo de Richard Leiva y German Acevedo**

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Seguidamente, tendremos el honor de recibir en este escenario al Sr. Richard Leiva Quirós y al Sr. German Acevedo Rojas, estudiantes de la Escuela de Artes Musicales de nuestra Institución.

Ellos van a interpretar *Capricho* de George Friedrich Händel y *Caña dulce* de José Joaquín Salas Pérez y José Daniel Zúñiga Zeledón con el arreglo de Richard Leiva Quirós.

*****Los presentes aplauden al finalizar las interpretaciones.*****

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Agradecemos al Sr. Richard Leiva Quirós y al Sr. Germán Acevedo Rojas por esta maravillosa presentación.

- **Entrega de Premio Rodrigo Facio Brenes a la Dra. Emilia Macaya Trejos**

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Cada dos años esta casa de estudios superiores reconoce con el Premio Rodrigo Facio Brenes la obra total de una persona costarricense que se haya destacado por su aporte al desarrollo político, social, económico y de la justicia social de nuestro país.

Hoy, en el marco de la conmemoración de su 84.º aniversario, la Universidad de Costa Rica se complace en hacer entrega de este premio a la Dra. Emilia Macaya Trejos. Para ello invito a las autoridades que nos acompañen, por favor.

A continuación, el director del CU va a hacer la entrega del certificado que se le dará a la Dra. Emilia Macaya Trejos.

DR. JAIME ALONSO CARAVACA MORERA: —Procedo a leer el certificado que dice lo siguiente:



¡Muchas felicidades!

****Los presentes aplauden.****

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Seguidamente, tendremos el honor de escuchar a la Dra. Emilia Macaya Trejos, Premio Rodrigo Facio Brenes 2024, quien va a dictar una conferencia en torno a la magia del aula.

- **Conferencia en torno a la magia del aula, a cargo de la Dra. Emilia Macaya Trejos**

DRA. EMILIA MACAYA TREJOS: —Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector de la Universidad de Costa Rica; Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera, director del Consejo Universitario; Srta. Valentina Palacio Mora, presidenta de la FEUCR; señoras y señores miembros del CU; señoras vicerrectoras y señores vicerrectores; autoridades universitarias; personal docente; personal administrativo; estudiantes de esta querida Institución.

Saludo muy especialmente a mi hermano, el Dr. Gabriel Macaya Trejos, exrector de nuestra Universidad; a la señora y los señores que han obtenido el Premio Rodrigo Facio Brenes, Dra. Elizabeth Odio Benito, Dr. José María Gutiérrez Gutiérrez y Dr. Walter Antillón Montealegre; a las estudiantes que ganaron el Certamen Estudiantil de Artes 2024; a la señora diputada Kattia Cambronero Aguiluz; personas representantes del Cuerpo Diplomático; estimada familia, ¿qué haría yo sin ustedes?; a Leonor; mi nieta; a Daniel, mi nieto; nuestros nietos, la perspectiva del futuro; amigas y amigos.

Son pocas las sorpresas que ya una espera en estos momentos de la vida. El gran honor de recibir de ustedes el Premio Rodrigo Facio Brenes ha sido un gesto inesperado, una agradabilísima sorpresa que agradezco profundamente. La manera en que se configuró la candidatura merced al trabajo y entusiasmo tesonero de la Dra. Isabel Gamboa Barboza, la complicidad de la Dra. María Florez-Estrada Pimentel y la respuesta decidida de personas pertenecientes a ámbitos muy variados de nuestra Universidad; la aceptación por parte de la Comisión Dictaminadora y la anuencia del Consejo Universitario al concederme el reconocimiento, todo ello, me compromete a seguir dando lo mejor de mí, a fin de agradecer y retribuir tanta confianza.

Debo a mi vez, entonces, honrar un premio que lleva el nombre de quien tanto se empeñó en perfilar y reformar para los nuevos tiempos la Universidad de Costa Rica, el Lic. Rodrigo Facio Brenes, una figura

más que habitual en el entorno familiar desde mis primeros años. Fotografías, documentos y recuerdos así lo atestiguan, muchas veces los contemplé, los leí y los releí. Si bien no tuve oportunidad de conocer personalmente al rector Rodrigo Facio Brenes, en vista de que era apenas una niña cuando él falleció, permítanme una evocación, al modo de anécdota, pues concierne al Lic. Rodrigo Facio Brenes.

Corría el año de 1973 y el afán de aventura académica me condujo también a la recién inaugurada Universidad Nacional. Era el primer día lectivo en la Escuela de Estudios Generales y con el ímpetu y la ilusión de los veinte años, me dirigí al aula que se me había asignado como profesora asistente. Al entrar, di con la sorpresa de que en primera fila se encontraba, sonriendo y con cara expectante, la Sra. Leda Fernández Vaglio, para entonces ya viuda del Lic. Rodrigo Facio Brenes. De dónde tomé fuerzas para seguir mi camino y abordar esa primera lección, aún no lo sé. Pero a partir de ese momento la Sra. Leda Fernández Vaglio, mi alumna gracias a uno de esos regalos especiales que brinda la docencia —y que tan bellamente provee hasta lo inesperado—, fue presencia entrañable en mi vida, más allá del nexo que desde tiempo atrás la había unido a la familia. Vaya entonces para la Sra. Leda Fernández Vaglio, en esta ocasión tan especial, mi homenaje y mi recuerdo.

Siempre me ha parecido que hay dos formas de aceptar distinciones como la que hoy me otorgan. En la primera, la persona se asume merecedora y la recibe como algo que debía ser. En la segunda, en cambio, surge la pregunta asociada al *por qué yo* y al *a qué se debe*. He de afirmar que prefiero esta segunda vertiente, pues implica una inmersión en el proceso del autoconocimiento y un echar la vista al pasado para indagar en los motivos. Esas fueron, pues, las preguntas que me hice al recibir la noticia: por qué a mí y en razón de cuáles logros. Y las respondí así, desmenuzando mi vida para llegar finalmente a la conclusión de que, en lo básico, soy una convencida docente, soy escritora y soy mujer. Tan claro y tan sencillo como eso. De ahí derivarían algunas cosas más (que el fallo contempla y que en verdad agradezco), pero tal es mi sustancia, lo que he llevado a la acción para tratar de mejorar y transformar el mundo; nuestra tarea cuando se nos deposita en la corriente que es la vida, ese río continuo y en permanente cambio del que nos habla Heráclito.

Sí, en verdad, es muy sencillo y muy claro: una mujer que, desde muy joven, dedicó su existencia a *ser* y *ayudar a ser* —la base del ejercicio docente— mediante la palabra y la escritura, muy consciente de su situación femenina, en el ámbito enriquecedor de su *alma mater*, la Universidad de Costa Rica.

Que me distinga mi Universidad y me valoren los pares me llena de satisfacción e inmenso agradecimiento. E igualmente, me comprometo a continuar en la brega, merced a lo que soy, a lo que hago y a lo que pienso.

Algunas veces me han preguntado —valga esta otra acotación anecdótica— por qué no me he desempeñado en la política. Y persisto en contestar de la misma manera: siempre he estado en política. He vivido intensamente la política. Pues ¿de dónde surge ese término? Conciérne, desde sus orígenes atenienses, a todo aquello relacionado con la organización y bienestar común de las polis, la ciudad-Estado, ese maravilloso invento de la Antigüedad clásica. Y si la polis griega basa su definición en el individuo, en el conjunto de los ciudadanos, resulta que como docente he cifrado mi existencia en colaborar para la formación de las personas ciudadanas. Eso hacemos en la docencia: empeñarnos en una práctica que resulta la más fructífera, eficaz, comprometida y llena de compensaciones, como es la formación de una ciudadanía responsable y muy consciente. ¿No es eso practicar lo mejor y más noble de lo político? Y nos corresponde ahora, en tiempos de crisis educativa, ejercer esa política emanada del aula con el convencimiento de su dignidad y fuerza insustituible. Porque su dignidad es la nuestra y con su fuerza bien podríamos alcanzar a redefinir el poder, que buena falta hace.

Así es, la docencia ha constituido lo más ameno y satisfactorio de mi ser y de mi hacer, en una acción política que no me ha defraudado. Me brindó satisfacciones, no desengaños. Me permitió el desarrollo en

un ámbito en donde predomina la creatividad, la productividad, el perfeccionamiento y la buena fe, lejos de las triquiñuelas a las que a veces conduce ese otro poder.

Suelo hablar de lo que he llamado “la magia del aula”, pues esta abriga el momento del diálogo, del compartir, del construir en conjunción, del respetar, de la palabra verdadera y libre. Lo que resulta más necesario para la vida en sociedad y, precisamente, lo que urgimos en el mundo de hoy. En el aula intentamos comprender la vida y por ese motivo en ella convivimos, esto es, aprendemos a ser con los otros, con las otras, en el ejercicio responsable de la *nostridad*. Esa disposición para vivir como pluralidad y actuar conjuntamente configura, en grandísima medida, la clave de nuestra supervivencia. Es nuestra impronta para emprender la transformación del mundo y, en consecuencia, la vía directa, a fin de perdurar.

Mucho se habla acerca de un cuadrado luminoso que, en la actualidad, nos asedia en nuestros trabajos, en nuestras comunicaciones, aun en nuestras diversiones. Es la omnipresente pantalla. Y si bien ha dado origen a algo tan maravilloso como la gran forma artística del siglo XX, el cine, y nos transporta igualmente hacia acopios de sabiduría asombrosos, encierra el peligro de aislar y alienarnos, para provocar que extraviemos, en algún recodo del metaverso, ese nosotros, nosotras, que nos da sentido y nos salva. Y mucho habremos de perder si frente a una humanidad vivida en carne y sangre, asumimos en exclusiva su proyección, su virtualidad.

Permítanme recurrir a un juego poético, no en vano provenga de las letras: vibramos en conjunto como una armonía necesaria, en el palpito que es la vida. En carne, sangre y presencia. Y es así como creamos, transformamos y perduramos. Es así, en fin, como asumimos lo más humano de la tarea llamada cultura.

Conocemos muy bien los estragos que causa perder el norte educativo, mermar esfuerzos en su empeño y diluir su desempeño, al contemplar únicamente cifras y olvidar que detrás de cada número siempre habrá una persona. La tarea humanizadora que nos corresponde reside, prioritariamente, en recordar esa evidencia que muchos se empeñan en volver imperceptible, rodeándola de dígitos. Todavía sufrimos los estragos que causó la pandemia al alejarnos, en el proceso educativo, de lo que constituye la calidez humana del contacto directo. Y esa vital tarea de rescate humanizador comienza en la magia del aula. Desde allí, sin duda, se irradia y es la que bien puede salvarnos de aquello que reconocemos como males de nuestra época: la instantaneidad vivencial, el culto a las cosas, las falsas verdades, la ligereza de opiniones.

Estoy convencida de que ese pacto que, en un entorno determinado, une a dos o más personas empeñadas en escudriñar el propio ser y desentrañar el mundo a fin de progresar colectivamente, ese pacto, reitero, no va a desaparecer nunca —aunque en algo varíe para adaptarse—, pues configura una de las más claras señales de nuestro sentido humano y nuestro destino: comprender, arriesgar, superar y dejar nuestra huella en el mundo, la ruta heroica trazada por ancestros y ancestras, desde los albores de la civilización.

Retomemos las palabras sabias de Marguerite Yourcenar: *Lo mejor para las turbulencias del espíritu es aprender. Es lo único que jamás se malogra.*

Vivimos épocas de turbulencias, en todo sentido. Nuestra *alma mater* brilla en los logros de la investigación —lo palpamos cada día— y su proyección social como conciencia lúcida es innegable. No obstante, el papel de esta Universidad en cuanto al rescate y la reubicación de lo educativo y lo docente, el programa y la práctica, luce, desde todo punto de vista, inexcusable. Así que, si este reconocimiento de hoy apela a algún mérito de mi parte, deseo comprenderlo, ante todo, como la distinción a una docente convencida de la importancia de su labor.

Recuerdo las palabras de mi padre acerca de la propuesta educativa francesa del aprender a ser, de Edgar Faure, allá por los años setenta. Una propuesta que lo deslumbró y a la cual se refería con entusiasmo.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde entonces, pero la maravillosa conjunción del *aprender a conocer* y el *aprender a ser*, en correspondencia e interacción perfectas, han guiado mi labor y han perfilado

mi vida, en lo educativo y más allá. Imposible, pues, evitar hoy el recuerdo de Enrique Macaya Lahmann. Imposible, igualmente, dejar de lado lo que esta Universidad forjó con la llamada Reforma Universitaria de 1957. Desde entonces, está presente la clara propuesta académica de la unidad en la diversidad, del sentido humanístico que alumbra la formación profesional, al modo de un binomio inquebrantable; y paralelamente, la búsqueda de un deslumbramiento ante la cultura como estrategia de arranque, merced al año de Estudios Generales; lo que, a su vez, habría de conducir al principio de la *educación permanente*: la cultura es fuente inagotable y siempre al alcance de la mano, a fin de que nunca dejemos de indagar y de aprender. Todo ello implicó un muy largo proceso —por fortuna aún vigente— el cual me he atrevido a reproducir en pinceladas breves y sencillas, pues las verdades realmente inspiradoras suelen carecer de afeites.

Nos corresponde, pues, la misión de resituar más justamente lo que encierra la docencia. La situación actual, que muy bien conocemos, lo urge y lo demanda. Las propuestas y programas educativos son sin duda fundamentales. Y la colaboración de la Universidad de Costa Rica al respecto ha sido evidente. En su día, me correspondió ser parte activa en esto. Sin embargo, no temo reiterarlo, la educación también se instaura —y se salva— desde la magia del aula. Un recurso siempre a nuestra disposición, independiente de solicitudes ajenas, de que seamos o no bien recibidos. Se nos ayude o no, se nos alabe o intenten denigrarnos. El aula somos nosotros, nosotras, reunidos para ser, para saber, para atrevernos a develar el mundo. Del aula no pueden despojarnos, ahí donde estemos. La tendremos y la llevaremos al lugar que sea necesario. Por eso somos invencibles.

Creo que puede ser una buena costumbre volver con nuestra mente a los orígenes. Actitud más que justificada en quienes nos formamos al amparo de las culturas antiguas, por cierto, y ello no porque nos neguemos a la evolución sino porque allí, en los orígenes, acaso descubramos secretos olvidados. Intentémoslo ahora, descubrir algún secreto. Sin duda alguna, en cada paso que da la humanidad superamos el pasado. No obstante, tampoco desdeñemos el hecho de que lo originario está ahí para evitar traspiés y continuar la ruta sin cometer las mismas faltas. Ciertas épocas pretéritas practicaron la muy buena costumbre de unir el conocimiento a la aventura y al gozo. Y vienen a mi mente, por ejemplo, los peripatéticos, discípulos de Aristóteles que conjugaban el pensar con el placer de las caminatas —de allí su nombre— con el disfrute del respirar y el observar directamente el mundo, al ritmo de los pasos. Otra forma del aula.

Y ese tránsito que conjuga lo melódico del discurrir y el ritmo de los conceptos solo puede conducir a gozar el conocimiento. Por igual, encontramos los placenteros trayectos de aquellos clérigos mendicantes, los goliardos que conformaron la llamada *ordo vagorum*, vagantes del medioevo que, de villa en villa y de universidad en universidad, perseguían el saber y a los doctos maestros, mientras apuraban el vino y escanciaban los deleites de la vida. No en vano se dice que escribieron los versos que conforman nuestro himno, el *Gaudeamus igitur*, recopilado en los *Carmina burana* y que, desde entonces y para nuestra fortuna, aún sigue resonando.

Hemos crecido y hemos perdurado al amparo de ese: por lo tanto, gocemos, matiz significativo que también está en el uso medieval del verbo latino *gaudeo*, pues remite igualmente a gozar y a alegrarse, más aún si se liga al placer goliárdico. Así, nuestro saber es gozoso. Y la magia del aula es entonces el gozo del aula. Un secreto que mal haríamos en olvidar.

Debo confesar que la física y la matemática en la educación media representaron, en mi experiencia, un esfuerzo trabajoso pleno de zozobras, angustias y hasta ataques biliares que me transformaban en vía directa a la enfermería, cada vez que llegaba la hora de un examen. No exagero. Y aquí hay personas que pueden dar fe que digo verdad.

Quién me iba a decir que años después, al sumergirme en las honduras de la física merced a los escritos de David Bohm —y ello por demanda de mis estudios sobre las feminidades— hallaría al fin el placer de acercarme a los secretos del universo. También, he de decirlo, acercarme al universo femenino.

Pero eso es ya otra historia. Lo que viene a cuento ahora es que, de manera tardía aunque segura, pude leer a Bohm como se lee un poemario y alumbrar, así, las metáforas maravillosas que nos regala el cosmos. Porque un estallido estelar y un gran poema pueden situarse a una micra o a un nanómetro de distancia, a tal punto que parecen fundirse en lo mismo. Tal fue el gozo de conocer que se me dio en un aula. Y aquello que se goza, difícilmente se olvida. Otro gran secreto que mal haríamos en desechar.

Retomemos los hilos fundamentales. La secuencia de la que me valí al inicio, docencia-feminidades-autoría literaria, para nada resulta casual. Por el contrario, creo que representa la dinámica que ha marcado mi vida.

Fue el ejercicio de la docencia, igualmente, lo que me condujo a una más clara idea en cuanto a lo que implica ser mujeres y, más aún, a lo que significa serlo en el siglo XXI. Porque si la cultura, en tanto transformación de la naturaleza en beneficio humano, supone una ingente labor, hacerla avanzar e ir la consolidando conforme las diferentes épocas lo requieran, torna necesario aunar esfuerzos y no desechar ningún empeño. Siempre me ha provocado desazón la reticencia patriarcal en cuanto a repartir más equitativamente el mundo, bajo el signo de la colaboración, que es el signo cultural por antonomasia. Y contemplo con horror la tendencia creciente según la cual, bajo dictados absurdos, no se nos suma como las personas y la humanidad que somos, sino que se nos resta, hasta alcanzar el peor de los extremos: se nos mata. Otro empleo de cifras, adiciones y sustracciones, que no puede continuar.

Recordemos a Madame de Beauvoir, doña Simone, jamás suficientemente ponderada por mucho que hablemos de ella. *No se nace mujer, se llega a serlo*, nos dice. A lo que añade: *No hay una naturaleza femenina dada, sino una situación femenina impuesta*.

Dos afirmaciones contenidas en su visionaria obra *El segundo sexo* y que han resultado decisivas en lo que concierne a la construcción de las feminidades. En el discurrir de la historia de Occidente —plantea de Beauvoir— las mujeres se han visto reducidas a la condición de objetos y por ello, han permanecido excluidas de la posibilidad de ser sujetos (*sujetas*), condición activa desde la cual se formula y se gesta la cultura. Y además añade, con suma perspicacia: *El problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres*.

La distinción entre sexo, como el dictado de natura, y género, la construcción cultural, delimita conceptos y afina senderos teóricos. Se forja, así, una manera lúcida para emprender nuevos caminos, en la consecución de los derechos femeninos.

Afirmarnos en tanto mujeres nos ha conducido a valorar la colaboración, a desechar el guerrerismo y la extinción, a superar la errónea idea de que la victoria reside en vencer a un contrario, para así entronizar el mando exclusivo. Persistir en la comprensión del poder en términos semejantes, solamente conduce al exterminio. Más de 3 000 años de historia lo confirman.

De tal manera, afirmarnos mujeres nos ha llevado a que prioricemos el conservar y no el extinguir, el perdurar sobre el exterminar. Lo supo muy bien la señora de Beauvoir. Sin embargo, la cultura, que se construye desde una humanidad activa, nos ha excluido de su corriente. Y fuimos depositadas en el devenir de la vida para hacerla mejor. Muy bien lo sabemos en nuestro *llegar a ser mujeres*.

Venimos hoy, pues, a reconocernos personas, a afianzarnos como humanidad y, en consecuencia, a reclamar nuestro lugar. Queremos ejercer el papel transformador que nos corresponde. La paz es un derecho humano y, sin embargo, quienes habitamos el planeta hemos sido incapaces de cumplirlo. Asumimos la guerra aun cuando no nos llaman. Buscar la solidaridad en vez de la exclusión, lo constructivo y no lo aniquilante ¿acaso suena a utopía? Puede que sí. Mas la utopía, que es por definición inalcanzable, está allí para trazar caminos y ampliar nuestro horizonte al perseguirla. El trecho que logremos recorrer buscándola, implica ya una victoria. Todo ello, como una práctica cotidiana, como una voluntad explícita de vivir bajo

otras pautas. O mejor, como una voluntad de vivir, punto. No en vano, la sobrevivencia ha tenido siempre un tinte marcadamente femenino.

El aula igualmente afirmó en mí, acaso redobló, la convicción en el poder del lenguaje. La responsabilidad que implica valerse de la palabra de la mejor manera y como debe ser: en el diálogo, en los matices y diferencias enriquecedoras que entraña la comunicación y que constituyen el ejercicio inapelable de libertad. Plasmado el lenguaje de manera suprema cuando se trata de la palabra escrita, como encarnación literaria, es huella inspiradora a prueba de tiempos y a prueba de olvidos.

Escribir en literatura supone atreverse a mirar más allá de la superficie y, en el caso de la narrativa, que es lo mío, empeñarse en contarlo. Representa la audacia de ver donde no es común dirigir la vista y transformarlo en palabras. Audacia que entraña, a la vez, una gran responsabilidad, pues siempre habrá quien se crea el cuento. Por lo tanto, hay que contarlo bien y honestamente, ya que la escritura artística tiene mucho de visionaria, encierra esa lucidez creadora a la que hermosamente se refieren tanto Virginia Woolf, como Lukacs y Goldmann. El arte literario constituye una aventura vital incomparable y una caja de resonancia social que perdura más allá de aquello que sus creadores y creadoras se atreven a imaginar.

Tras un silencio femenino de milenios, en el aula tenemos también nosotras derecho a la palabra. Y en el aula se concreta el lenguaje en esa doble vía para la cual fue creado: como mensaje y como necesaria escucha, emisor y receptor en alternancia. Resulta útil recordarlo en un momento como el nuestro, plagado de monólogos vacíos. Es por ello el lenguaje vehículo privilegiado para incluir y compartir, para sumar de una manera válida. También, para dar la palabra a quienes no la han tenido, a quienes aún no la tienen. Y muy bien conocemos nosotras su poder, el poder del lenguaje, pues resurgimos de la exclusión y hemos vencido el silencio.

Este reconocimiento de hoy a una mujer, por parte de ustedes, se extiende y nos cubre a todas. Su signo es plural y está marcado en “a”. Es justo verlo así, pues nos hace confiar en quien nos reconoce: nuestra *alma mater*, la Universidad de Costa Rica. Con este gesto nos suma de válida manera y da clara señal de que apuesta por lo necesario y fructífero de nuestra tarea.

No deseo dejar de lado una última apreciación. Crecí al amparo de esta Universidad de Costa Rica que ustedes representan, un alma-madre que enriqueció mi espíritu con el sentido humanístico, la convicción docente, la apuesta por el diálogo que construye en libertad, la confianza en la palabra que aspira a renovar el mundo. Y me ha enseñado mi *alma mater*, con claridad diáfana, que la academia no es un oficio, sino una forma de vida.

Una forma de vida, ciertamente, que quise dejar palpable en el prólogo de un libro hoy en prensa aquí bajo el título *El tiempo de los girasoles*, recopilación de mis trabajos académicos, la mayor parte inéditos, elaborados en el transcurso de más de treinta años. Permítanme entonces reproducir, a modo de cierre, unas cuantas líneas de ese prólogo pues me parece que vienen a propósito, ya que dan cuenta de la forma en que asumí la vivencia académica, la manera de existir que me legó mi Universidad —la de ustedes, la de todas nosotras y nosotros— y de la cual me he nutrido.

La vida académica [dice ese prólogo] constituye un trayecto de permanente descubrimiento, de formación siempre en proceso y diálogo constante, en pos de altas metas comunes. Es entregarse a una forma de existencia donde el ser y el saber caminan juntos, pues indagamos en lo otro a fin de definir y enaltecer lo propio, individual y colectivamente. Representa, en el caso de las Letras, la hermosa conjunción de biblioteca y aula, escritorio y pupitre, silencio y coloquio. Ensimismamiento y transferencia. Leemos, meditamos e investigamos para forjar con nuestro estudiantado ese momento en el cual, cada vez, se recrea el mundo y se afina el espíritu en la magia del aula.

¡Muchas gracias!

******Los presentes aplauden.******

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Nuestro agradecimiento a la Dra. Emilia Macaya Trejos por esta maravillosa reflexión.

- **Marcha Universitaria**

MAESTRA DE CEREMONIAS: —En este momento, les solicito a todos y a todas ponerse en pie, para entonar nuestra Marcha Universitaria.

- **Clausura de la sesión**

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Pueden tomar asiento por favor. Seguidamente, el señor director del CU procederá a clausurar esta sesión solemne.

DR. JAIME ALONSO CARAVACA MORERA: —Al ser las once horas y treinta y nueve minutos, doy por finalizada la sesión solemne n.º 6829, deseándoles una excelente jornada. Agradezco y felicito nuevamente a la Dra. Emilia Macaya Trejos por su gran reconocimiento, a las personas estudiantes y a nuestra Universidad. ¡Muchas gracias!

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Muchas gracias a todas las personas que nos acompañaron esta mañana aquí en el Auditorio de la Ciudad de la Investigación y a quienes siguieron esta transmisión por Canal Quince UCR, Radio Universidad y las redes sociales de la Institución. Buenas tardes.

A las once horas y treinta y nueve minutos, se levanta la sesión.

Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera
Director
Consejo Universitario

Transcripción: Alicia López Fernández, Unidad de Actas

Diagramación: Shirley Campos Mesén, Unidad de Actas

Coordinación: Carmen Segura Rodríguez, Unidad de Actas

Revisión filológica: Daniela Ureña Sequeira, Asesoría Filológica

NOTAS:

1. Todos los documentos de esta acta se encuentran en los archivos del Centro de Información y Servicios Técnicos, (CIST), del Consejo Universitario, donde pueden ser consultados.
2. El acta oficial actualizada está disponible en <http://cu.ucr.ac.cr>